

Perú. Segunda vuelta electoral.

Político. Carlos H. Brandt S.

04 de junio 2021.

Los últimos sondeos coinciden en el estrecho margen de ventaja del candidato de Perú Libre, Pedro Castillo, sobre su contendiente de Fuerza Popular, Keiko Fujimori. El tiempo se agota y la polarización ha dado frutos a favor de la candidata conservadora, quien haciendo uso del factor “miedo”, con el apoyo de medios de comunicación, las clases política y económicas beneficiarias del modelo imperante en el país, ha logrado reducir la ventaja de Castillo casi hasta el empate técnico. Este panorama nos hace prever un balotaje reñido, donde cualquiera puede triunfar.

Recuento necesario.

Con 32.6 MM de habitantes, 25,2 MM de ellos autorizados para sufragar, la primera cita aportó interesantes elementos de análisis para comprender la jornada del próximo domingo. Una abstención del 30% equivalente a 7.56 MM de peruanos que no votaron. Si a eso le sumamos los 7.4 MM no habilitados, se obtienen 14.9 MM de ciudadanos, es decir, 45,88% de la población, casi la mitad del país. A lo anterior se le agrega un 44% de indecisos y un 18,4% de votos nulos y viciados, unos 3.29 MM.

El escrutinio dio como ganadores a Castillo con 18,92% y a Fujimori con 13,40%, resultados si se quiere pobres, cuando se trata de escoger a quien conducirá los destinos del país. Estos números hablan no sólo de una crisis de representatividad, plasmada en la multiplicidad de candidaturas en carrera (fragmentación), sino también, de la desconfianza de la población en los líderes, sus partidos y el sistema político como un todo.

La polarización como estrategia, el miedo como discurso.

Transcurridas dos semanas de la primera vuelta, la intención de voto de Castillo era de 41%, mientras la de Fujimori 21%. Los indecisos rondaban el 40%. A partir de ese momento se ha desplegado una agresiva **campaña de descrédito** entre los candidatos, sobre todo de Fujimori hacia Castillo, haciendo uso de los principales medios de comunicación, de personalidades empresariales y políticos de renombre, los cuales, en cierta medida, componen los sectores más favorecidos con el modelo implantado en los noventa.

Exacerbar **el miedo de los indecisos** ha sido la estrategia utilizada por los sectores conservadores que apoyan a Fujimori, los cuales, omitiendo el 55% de rechazo que tiene la candidata, han apostado por ella bajo el pretexto de impedir la llegada a la presidencia de un representante de la extrema izquierda, el cual, según temen, destruirá los logros alcanzados por Perú en los últimos 20 años.

Ahora bien, **polarizar al electorado** sin duda da réditos, al dejar de lado la propuesta programática de un eventual gobierno y centrándose más en el plano de los juicios personales basados en las descalificaciones. De esta herramienta la política moderna tiene una larga experiencia, sobre todo la latinoamericana.

Pese a lo anterior, a mediados del mes de mayo ambos candidatos firmaron una “Proclama ciudadana”, en la cual se comprometían, de llegar al poder, a respetar la institucionalidad democrática. Para el momento los sondeos de opinión arrojaron un aumento en las intenciones de voto de Castillo (45,5%), pero también un crecimiento de Fujimori (40,1%) con el cual recortó de forma importante la brecha entre ambos.

Buscando mejorar la imagen y disminuir el rechazo, Fujimori modificó su discurso, cambió su vestimenta y ha procurado deslindarse de algunos hechos del pasado; tales como las violaciones a los derechos humanos cometidos en los gobiernos de su padre y la gestión de boqueo implementado por su partido en el Parlamento entre 2016 y 2018. Entre tanto Castillo ha hecho lo propio, suscribiendo a principios de mayo un compromiso público junto a la excandidata Verónica Mendoza y desmarcándose de los Gobiernos de la región a los cuales se les ha vinculado como parte del discurso de sus oponentes.

Los extremos se tocan.

El deterioro de la situación política del país ha escalado de nivel desde 2016, teniendo momentos de alta conflictividad como la renuncia del expresidente Pedro Pablo Kuczynski en 2018, el suicidio del exmandatario Alan García en 2019, la disolución del Congreso por parte de Martín Vizcarra el mismo año y su posterior destitución en 2020, por el Legislativo recién electo. Luego la llegada y efectos de la pandemia y la consecuente renuncia de Manuel Merino a finales de 2020.

Este telón de fondo es el escenario propicio para que dos propuestas diametralmente opuestas en lo ideológico, en lo político y en lo económico, pero similares en sus posiciones sociales conservadoras, tengan la posibilidad cierta de llegar al poder; dejando patente la desconexión o divorcio de la dirigencia política con la población. Esta dirigencia ha sido incapaz de interpretar los reiterados mensajes de descontento provenientes de las clases y sectores excluidos de los logros económicos y sociales alcanzados en décadas recientes.

A tres días de las elecciones, la crisis de liderazgo y representatividad hace que el sistema muestre su peor cara empujando a los electores a escoger entre uno de los extremos. Esta vez, no por convicción acerca de las virtudes de un candidato y su plan de gobierno, sino por el temor a perder lo alcanzado o incluso a lo que supuestamente podría alcanzar a futuro. Toda una paradoja.

Aunque los sondeos más recientes den una leve ventaja de casi 2% a Castillo sobre Fujimori -lo que se considera un empate técnico- y que los indecisos se hayan reducido hasta un 7%, pronto el país tendrá un nuevo presidente o presidenta, que deberá lidiar con el desafío de la **governabilidad post pandemia**; con una economía golpeada por un año de confinamiento y, una frágil legitimidad que muy probablemente se verá amenazada; por ello el papel del Poder Legislativo será crucial, pudiendo preverse momentos de tensión dependiendo de quién ostente la banda presidencial. Está por verse qué puede más: si el rechazo a Keiko Fujimori o el miedo a Pedro Castillo. Solo los peruanos lo saben.